

REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Bogotá, Febrero 1.º de 1909

TRES NOVELISTAS RAIZALES

Como muestra del interesante libro titulado *La Novela en Colombia* (1), publicado recientemente por nuestro discípulo y amigo el Dr. Roberto Cortázar, insertamos en seguida la parte del Capítulo I, relativa á tres noveladores oriundos de estos Andes cundinamarqueses, cultivadores del género realista moderado, pintores de costumbres y paisajes; idénticos en creencias religiosas y en opiniones políticas: D. EUGENIO DÍAZ CASTRO, D. LUIS SEGUNDO DE SILVESTRE y D. JOSÉ MANUEL MARROQUÍN.

D. Eugenio Díaz Castro

Otra de las novelas pertenecientes á la mitad del siglo XIX, y una de las más notables del género realista, es *Manuela*, de D. Eugenio Díaz Castro, novela cuyo objeto principal es la pintura de las costumbres de los trapiches de tierra caliente, con pleno conocimiento de ellas, como que su autor vivió largo tiempo en aquellas regiones que dieron margen á su observación constante.

(1) Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario—LA NOVELA EN COLOMBIA—Tesis para el doctorado en Filosofía y Letras, presentada por *Roberto Cortázar*, Colegial de número—Bogotá—Imprenta Eléctrica, calle 10, número 168—1908—Páginas VIII+112+VI, en 4.º Comprende los capítulos siguientes :

- I. Novelas más ó menos realistas ó de costumbres.
- II. Novelas históricas.
- III. *La María*.
- IV. Novela anticqueña.
- V. Novelas más recientes.

Fuera de muchos cuadros de costumbres del Sr. Díaz, y de artículos de periódico que corren en distintas publicaciones antiguas, bastaría para su fama de escritor la creación de *Manuela*, personaje principal de la obra, y en cierto modo original, digno de alta consideración: representa el tipo de la muchacha sencilla y natural, poseedora de un corazón que sabe sentir profundamente lo que vale el pedazo de tierra donde por vez primera se abren los ojos á la luz, y sintetiza las aspiraciones de una clase de la sociedad que no por ser la más humilde, deja de encerrar fructuosas enseñanzas y elementos de arte, y que ha sido cantera inagotable explotada por célebres escritores con el cincel de la pluma.

Hay en el libro del Sr. Díaz una lucha constante en pro de la clase proletaria de las tierras calientes, extorsionada en aquellos tiempos por las autoridades y dueños de *hacienda* convertidos en señores feudales. Semejante combate constituye una de las mejores glorias del Sr. Díaz, porque la influencia de la literatura de costumbres sobre la mejora de los desheredados es innegable. Testigo de este influjo fue en los Estados Unidos, para no citar más, *La Cabaña del Tío Tom*, obra que contribuyó á la abolición de la esclavitud en aquel país.

A ese género de novelas, como el de la Sra. Beecher Stowe, pertenece *Manuela*, pues aun cuando en una y otra el fin oculto sea distinto, se unen y enlazan hermosamente en beneficio de los seres que, de un modo ú otro, nacen mal acondicionados para la lucha por la vida. En Colombia, es cierto, no había esclavos: desde 1849 se expidió la ley que los declaraba libres, ley que siempre hará recordar la memoria del gobernante que la sancionó; pero pasando la acción de la novela á raíz de aquella fecha memorable, aún estaban los dueños de tierras acostumbrados á ser señores absolutos de sus propiedades, sin que la acción del Gobierno hubiera podido de un solo golpe quitar por completo las preocupaciones reinantes contra los proletarios.

Eminentemente realista, *Manuela* no sobresale por la idealización de los personajes que en ocasiones quedan despojados del arte, para presentarse desnudos á los ojos del lector; hay allí escenas un tanto escabrosas de aquellas regiones en donde lo enervante del clima es muchas veces origen de la licencia de las costumbres; tampoco ostenta el autor mucha galanura en el estilo, aunque á veces el lenguaje no está desprovisto de colorido, á lo menos cuando pinta la naturaleza virgen y exuberante ó cuando expresa humanos sentimientos. En las descripciones, diálogos, etc., marcha el Sr. Díaz con paso firme, como que conoce palmo á palmo el terreno donde la narración se desliza. No es un cuadro de costumbres que pueda llamarse nacional; entre los habitantes de la República se encuentran peculiaridades de clima, raza, educación, etc., que marcan perfectamente el límite que existe entre los moradores de las distintas secciones del país. Se descubre fácilmente que el propósito del autor fue pintar fielmente la vida íntima de una región de las orillas ardientes del Bogotá, del Tequendama abajo, inventando una trama sutil que se desvanece poco á poco hasta obtener la primacía los cuadros de costumbres propiamente dichos, en que la heroína de la novela representa un papel secundario. Hay capítulos netamente tomados del natural como, por ejemplo, los de *San Juan*, *Ambalema* y otros, en que el autor no hizo sino narrar sencillamente las cosas que tenía ante la vista. Podrían esos capítulos entresacarse de la obra, la cual nada perdería con ello.

A más de novela de costumbres, merece examinarse *Manuela* por cierto aspecto político, relacionado con el modo de vivir entonces aquellas gentes pobres. La acción se desarrolla, como hemos dicho, por los años de 1850, en que la Nueva Granada, hondamente sacudida con los disturbios políticos, andaba dividida en tres partidos: el draconiano ó liberal antiguo, el gólgota ó radical y el conservador. La encarnizada lucha de esas tres facciones se vislumbra en las páginas de *Manuela*, cuyo autor nos presenta al Cura como

tipo del conservador, amigo de la tradición de las costumbres sanas y de la moralización de los pueblos como segura tabla de salvación; á D. Demóstenes, representante del partido gólgota y figura más caricaturesca que real, charlatán por añadidura, enemigo de la religión y del clero, y partidario de la abolición de los monopolios, de la igualdad fraternal, de las trabas á los ricos, etc., y á D. Tadeo, tipo repugnante y odioso del liberal antiguo, en quien se encarna y se resume el *gamonalismo* de la parroquia, sin que los esfuerzos del gólgota logren derrotar á su antagonista, que á la postre triunfa de sus enemigos.

Para tales alusiones de partido, el autor pone en boca de sus personajes puramente novelescos—Manuela, Rosa, etc.,—frases políticas, elevados conceptos que poco se avienen con el modo de ser de esa gente acostumbrada á la vida del trapiche, que no piensa más sino en Dios y en el pan cotidiano, sin que nada les importen las cosas de la política; y aun cuando el autor en alguna parte de su libro dice sobre el particular que no debe extrañarse semejante lenguaje en boca de sus personajes por estar ellos al tanto de lo que pasaba, siempre es verdad que aquella manera de hablar nos parece no estar en todo conforme con la realidad que D. Eugenio Díaz ha querido pintar en la novela.

Semejantes destices bien pueden excusarse en un escritor de costumbres que apenas nos dejó una obra digna de consideración, la cual hubiera podido dar margen á otras de más alto aliento, de mayor precisión en la traza de los personajes, de mejor colorido en la pintura de algunos cuadros, pues el autor de *Manuela* puede ser tenido como realista instintivo, porque el género que á tanta altura llegó en España con Fernán Caballero, Pereda, Alarcón y otros, aún no había empezado á desarrollarse perfectamente, al tiempo que en este jirón de los Andes veía la luz pública la novela del Sr. Díaz; quien tal vez habiendo tenido á la vista las obras de los grandes maestros y empapándose en ellas, hubiera adquirido más extensa fama, ya que

la naturaleza le dotó de excelentes cualidades. Hombre de mucho ingenio, la literatura colombiana le debe á más de la novela que estamos examinando, varios cuadros de costumbres y sus primeras novelitas llenas de mucha gracia, entre las cuales se citan *El rejo de enlazar*, *Los agunados en Chapinero*, *Bruna la carbonera* y otras.

Habiendo comenzado á escribir en la madurez de su vida, logró escasamente dejar una muestra que lo acredita como escritor del natural de bastante significación; además, la falta de una buena educación literaria que encauzara sus facultades, es causa de sus imperfecciones, lo cual demuestra una vez más que el talento sin la ilustración necesaria no llega nunca á producir fruto en perfecta sazón.

Oiganse las palabras del Sr. Laverde Amaya respecto de *Manuela*, después de apuntar ligeramente la aparición de *El Doctor Temis*: “Con todo, reconócese que D. Eugenio Díaz Castro ocupa el primer lugar como autor original, espontáneo y exactísimo en la descripción de las costumbres de las tierras templadas; y su novela *Manuela* es plena prueba de que la naturaleza le dotó de un talento de observación poco común y de una gran facilidad para escribir con expresión y verdad. Aquello de que: ‘los cuadros de costumbres no se inventan, sino se copian,’ texto puesto por él al frente de las páginas de su ameno libro, fue cumplido á la letra en los episodios, el lenguaje y las formas que dio á su novela, la que es una pintura de tanta belleza que cualquiera se siente tentado á creer que ha conocido los personajes que allí se exhiben, y ha presenciado los sucesos que se narran, tomando parte en sus alegrías y en sus dolores. Lo cierto es que si otros sobrepujan al autor de *Manuela* en pulcritud de estilo, ninguno le aventaja en naturalidad, condición que es la primera en tratándose de obras de esta clase, y la intención moral de su obra ataca en su raíz la desmoralización y desdicha de nuestras poblaciones pequeñas, exhibiendo la crueldad y tendencias del *gamonalismo*.”

Y para hablar del desenlace de la obra, nada mejor que ceder la palabra á un autor colombiano (1); que en hermosa página pone en su punto lo que vale *Manuela* como producción novelesca :

“Al terminar la lectura de *Manuela*, queda en el espíritu una melancolía profunda, y á más no poder, protestamos contra el trágico desenlace de aquel drama terrible, que tiene como escenario las majestuosas selvas de nuestros climas cálidos y los caseríos pintorescos que, á á manera de villorios de *pesebre*, adornan las quiebras y arrugas de la cordillera oriental. Pero ¿en dónde estaría la enseñanza que el autor se propuso deducir como moralidad de su admirable creación, si las cosas no hubieran sido conducidas á ese doloroso pero imprescindible epílogo?... La Filosofía del Arte tiene exigencias de esa naturaleza, y ante ellas encallan las protestas del sentimiento. *María*, casándose con *Efraim* y convertida, con el correr de los años, en robusta matrona caucana y respetable madre de numerosa prole, habría dado al traste con el inmortal libro de Isaacs. Si el ingenioso invento del sabanero espiritual no hubiera terminado con la muerte desastrosa de *Manuela*, protagonista principal de aquel drama vigoroso, digno de la mente de Alfonso Daudet ó de la pluma inimitable de Pedro Lotti, más de un lector habría bostezado al llegar á la página final, y quizás habría exclamado: ‘Qué simpleza!’ Mientras que con el desenlace ideado por el Sr. Díaz, sucede todo lo contrario: *Manuela* obtiene un verdadero éxito de emoción y de lágrimas, ‘el más durable de todos los éxitos,’ según la expresión de Julio Claretie; y es con el corazón oprimido por el sentimiento y los ojos inundados en llanto, como se cierra el simpático libro al llegar á las líneas sublimes que lo finalizan.”

(1) L. Rivera y Garrido.

D. Luis Segundo de Silvestre

D. Luis Segundo de Silvestre, bogotano, colaborador de varios periódicos de la capital, en los cuales se leen artículos suyos de mérito, también nos dejó una obra—esbozo de novela realista—breve y por desgracia su único ensayo, pues sobrevivió corto espacio de tiempo á la publicación de *Tránsito*. Novelita de escenas de tierra caliente, con una historia de amores ligeramente delineada, de corta extensión, sin digresiones que aparten de lo esencial de la narración, en un lenguaje exento de vulgaridades, bien puede decirse que *Tránsito* es entre nosotros uno de los mejores libros de su clase.

Por lo general, la tierra caliente ha sido la que en Colombia ha suministrado vida y animación á los escritores de costumbres, y es porque allí el calor pone todo en movimiento, la vida es varia, nadie está ocioso, se encuentra originalidad en personas y cosas, y la feracidad del clima alegra el paisaje y da origen á las diversiones genuinas del pueblo calentano, que siempre formarán una página aparte en nuestra literatura.

El Sr. de Silvestre, después de contarnos de dónde sacó la historieta que va á referir, da principio á ella en un pueblo de las orillas del Magdalena, y el teatro de los primeros acontecimientos es el ancho y caudaloso río por cuyas ondas revueltas se desliza la barca que conduce al blanco y también á *Tránsito*, que furtivamente y merced á su audacia logra introducirse en la embarcación, huyendo de su terruño, donde todo es sombras para ella. Allí, bajo el sol ardiente que se ve reverberar sobre la arena de la playa, empieza á esbozarse la silueta de *Tránsito*, franca, hermosa, de maneras determinadas, con una historia medio trágica, fuente de sus desgracias, y lentamente aquella figurita que parece esfumarse al soplo de la brisa, va adquiriendo magnitud y personalidad, va haciéndose interesante por lo sencilla y natural. *Tránsito* es una heroína de novela dibujada á la inglesa.

No queremos relatar aquí la sutil trama de esta novela. Bástenos decir que los amores de Tránsito por el desdeñoso Andrés, amores que nacieron en el alma de la *calentana* únicamente porque el *blanco* se enterneció al referir ella su historia en la balsa, son un idilio que poco á poco echa hondas raíces en el corazón. Su extremada belleza es su tormento; ama en silencio sin ser escuchada ni atendida por el *blanco*; marcha en persecución de un amor imposible, y quiere sacrificarse por él. Esa es Tránsito: siempre lista, ágil, esquivada para los demás, indiferente ante los requiebros de muchos amantes, delicada en sus expresiones de cariño inocente, que declara su amor y quiere ser esclava de su amado. ¿Y Andrés, el *blanco*? Frío, impasible primero ante aquella morena de ojos negros, porque su posición social no podía igualarse con la de Tránsito ni tampoco se lo permitía el respeto del tío, lentamente su corazón aristócrata va cediendo ante los múltiples lazos que su dulce enemiga le tiende sin quererlo, y aunque él trata de evadirlos al principio, ella lo sigue, se le adelanta, le ruega, le suplica. Al fin la roca cede: ya siente sobre sí la humedad de tantas lágrimas, el ruido silencioso de tanto suspirar; cede, sí, pero cuando todo está perdido sin remedio; y ya al borde del sepulcro, la enamorada Tránsito, en medio de los dolores de una herida mortal, aprisiona entre las suyas la mano del *blanco* y muere tranquila cerca del objeto de su constante amor. Hé ahí una página bella, una página que con la trágica muerte de la heroína triunfa del olvido; Tránsito, llevándose consigo su amor, jamás con franqueza correspondido, representa la lucha del corazón con lo imposible, lucha que necesita de la muerte para consumar la victoria. ¡El puro amor no tiene murallas que le impidan el paso!

Si del mérito de la invención pasamos á las demás cualidades del Sr. de Silvestre, no será difícil reconocerle facilidad para narrar, acertada elección de lenguaje de tierra caliente, viveza para presentar escenas que como la de la

vuelta de Andrés á Girardot con las peripecias que la siguen, la de las fiestas y bailes en el Espinal, están llenas de cierto gracejo delicado que de cuándo en cuándo haceré; y una que otra descripción de las personas y de la naturaleza donde el autor vació buena parte de los colores de su paleta. Véase, por ejemplo, cómo pinta á Tránsito en el momento en que ésta, llevada del cariño que iba cobrando al *patrón*, toma parte en las faenas de la cocina en un rancho á orillas del Magdalena: "A pocas vueltas quitóse Tránsito el pañolón que la cubría, y como si fuera en su casa, se puso á ayudar á la casera á hacer la comida. Era de verla ir y venir en cuerpo gentil luciendo la camisa de tela blanca bordada de seda negra, la falda de tela morada y las blacas y sueltas alpargatas en que llevaba metidas las puntas de los pies más bonitos que he visto, sin sombrero y con el pelo levantado sobre la parte superior de la cabeza, llena del donaire y de la gracia de la juventud."

Y para cerrar esta parte, transcribimos la siguiente descripción de uno de tantos bellos panoramas de tierra caliente, donde son de notarse el colorido y la vida: "Tras breve espacio coronamos la altura del cerro de la Culebra. Nada más hermoso que el espectáculo que se presentó ante nosotros: á la derecha se veía la llanura en una extensión de leguas, semejante á una rica alfombra de terciopelo verde, en donde á trechos se divisaban, como bordados de verde más oscuro, los matorrales y guaduales que crecen á la orilla de los arroyos y riachuelos que la surcan, y desde lejos aparecía el tortuoso curso del Magdalena como ancha sierpe de plata que venía á perderse al pie de la colina desde donde dominábamos aquel panorama espléndido. Más allá de la llanura, la gigantesca barrera de la cordillera central de los Andes, en donde están amontonados cerros sobre cerros, sostenes de las moles inmensas de los nevados que asoman sus blancas cabezas ateridas de frío para mirar el valle caliente y pintoresco tendido á sus pies. A nuestra izquierda el valle del Bogotá, inmensa floresta

semejante á un mar verdinegro de encrespadas ondas, esmaltada á trechos por islotes de verde claro formados por los prados artificiales que el hombre industrioso ha logrado crear en aquel océano de verdura. Al frente veíamos extenderse la llanura hasta perderse en los confines del sur, en una línea confusa que separa el cielo de la tierra, y en el fondo de aquel vastísimo cuadro el cerro de Pacandé destacado y solitario, á manera de juguete de forma piramidal, sobre ancha mesa de carpeta verde. ¡Qué esplendor y qué vida en aquella palpitante naturaleza tropical, donde todo luce y resplandece bajo la bóveda azul de un cielo en que no se ve ni el ligero copo de una nubecilla!"

D. José Manuel Marroquín

Entre los individuos que forman la genuina representación de la literatura colombiana—al menos en prosa—debe contarse en puesto saliente á D. José Manuel Marroquín (1), cuya personalidad como hombre de letras es bien conocida de todos y cuya fama ha resonado en España y en muchos puntos de la América del Sur.

Pertenciente á la generación literaria de mediados del siglo pasado, tocóle, junto con otros ingenios no menos celebrados, enriquecer la producción nacional y encaminar por el camino del buen gusto muchos jóvenes que más tarde vinieron á dar lustre á la literatura patria. Muchos son los campos donde el Sr. Marroquín ha sabido conquistarse merecido renombre: como conocedor de los buenos modelos de las literaturas extranjeras, como poeta, como novelista, como autor de cortos y chispeantes artículos, siempre su nombre será recordado con justicia; su tarea de educador de la juventud en los Colegios que regentó, dio probablemente origen á la formación de sus obras didácticas; y estas y otras cosas son razones suficientes para que, lite-

(1) Esta parte fue escrita antes del sentido fallecimiento del Sr. Marroquín, acaecido en Bogotá el 19 de Septiembre del presente año.

rariamente hablando, los colombianos lo estimen y respeten.

Reluciéndonos á las novelas, nos dejó cuatro: *Amores y Leyes*, *Blas Gil*, *Entre primos* y *El Moro*, todas escritas en sus últimos años, pues las ediciones de los ejemplares que tenemos á la vista son de 1897 y 1898, cuando ya el Sr. Marroquín era conocido como buen estilista y poeta.

No entraremos aquí á analizar sus escritos de otro género; bástenos hablar someramente de su labor literaria en el campo de la novela, en el cual dejó una —*El Moro*— que constituye el mejor florón de su corona.

No es el Sr. Marroquín un novelista cuyos libros descuellan por el interés de la trama, ni por la gráfica pintura de los personajes, aunque los tiene buenos en ocasiones; su talento es predominantemente descriptivo, y, como tal, la descripción ocupa buena parte de sus obras, y con tal gracia, precisión y colorido que cautiva y hace recordar algunas veces el *humour* de los buenos autores ingleses. Nadie, pues, busque en ninguna de sus novelas el interés creciente de la narración, los lances románticos, las escenas interrumpidas para producir mejor efecto; pero el que quiera representarse fielmente algunos puntos de Bogotá, tales como eran hace tres ó cuatro lustros —San Diego y sus alrededores, las vías públicas, el aspecto de las calles principales, el edificio de San Francisco,—muchos cuadros de la vida de tierra caliente y de la Sabana, todo con ciertas peculiaridades que al pasar por la pluma del Sr. Marroquín cobran mucho relieve, tendrá que saborear las páginas de *El Moro* y *Entre primos*. A la fidelidad en las descripciones de la naturaleza, que á trechos hace venir á la memoria al ilustre Pereda, únese verdadera *sal ática* que comunica cierto encanto, cierta delicadeza que cuando menos se piensa pone la risa en los labios.

El Sr. Marroquín pertenece al número de escritores colombianos que sin haber estudiado largos años sistemáticamente en colegios públicos ó privados, suplieron con su

temprana afición al estudio de las humanidades lo que en vano se busca en los institutos adocenados. Hombres que desde la infancia se entregaron á la lectura concienzuda de las obras maestras de varias literaturas, fueron adquiriendo caudal y tersura de estilo, y cuando empezaron á escribir, lo hicieron bien y después mejor. El cimiento era de granito. Todos esos literatos antiguos han ido cayendo uno á uno al beso de la muerte, dejando huella luminosa en la cultura nacional; el Sr. Marroquín ha llegado á una senectud avanza la como uno de los últimos vástagos de aquella generación, pero considerado literariamente, bien podemos decir que ha terminado su carrera.

Leyendo *Amores y Leyes*, tal vez la menos buena de sus obras, se recuerda la novela del Dr. Angel Gaitán: en una y otra, aunque por aspectos diferentes, se ventila el mismo asunto de la justicia, entorpecida por los tinterillos, eterna rémora de la sociedad desde que hubo leyes en Colombia. La narración pasa por los años de 1880 cuando ya Bogotá respiraba mejores aires de civilización, sin que por eso hubiese llegado á la cumbre; pero comparada esa época con la de mediados del pasado siglo, sí se ve el progreso efectuado en las costumbres del país.

¿Cuál es el objeto de la novela? Su nombre lo dice: mitad amores, mitad leyes; y así, en la primera parte aparecen unos enamorados que de pronto y sin declaración previa, aparecen de brazo ante el lector, camino de la casa, después de haberse casado. Aunque es verdad que hubo un tiempo en nuestra vida colonial, en que los matrimonios se arreglaban entre los padres de los contrayentes sin que éstos se conocieran á fondo y en que el interés de la sangre ó el del capital eran los únicos móviles de los respectivos padres de familia, no parece que paso de tanta significación se presente en las páginas de un libro sin ninguna sombra de amor y de esperanza. Se dirá que así sucede algunas veces en la realidad de las cosas, pero entonces búsquese el momento oportuno, pues aun en esos fríos ejemplares de

la naturaleza humana suele haber instantes en que la pasión brota y se manifiesta en presencia del objeto amado. Allí no, todo es frío y acompasado. Los novios del Sr. Marroquín no tienen corazón.

Lo que sí conoce palmo á palmo el Sr. Marroquín es la vida del hogar. En él ha tenido fincada la felicidad de toda su vida; á su lumbre benéfica ha meditado sus obras; allí encerrado ha visto desarrollarse á sus hijos, y cuando recientes acontecimientos de la Nación lo arrastraron en pos de un partido político, dejó aquella intimidad del hogar, y ya sabemos que esa época de vida pública no ha sido la más feliz de su existencia. Un pez en tierra y el Sr. Marroquín fuera del hogar, tienen sus puntos de contacto.

Amores y Leyes presenta una familia rica *in alio tempore*, pero que debido á las injusticias y triquiñuelas de los rúbulas del derecho, había quedado reducida á la mayor miseria, mostrando, sin embargo, resignación en medio de la desgracia, rasgo que hace simpática la pareja de Honorio y Matilde. La lucha con la adversidad después de haber gozado de relativa opulencia, lucha personificada en la infeliz pareja, y el triunfo de la justicia, son los fines de la novela. Honorio y Matilde sufren con paciencia su pobreza hasta que tras largas y penosas privaciones, ven brillar la recompensa á sus sufrimientos cuando la Providencia los favorece en sus intereses mediante un efecto retroactivo de la ley. Este desenlace no es brusco; está bien tratado, como que en las personas que tuvieron bienes de fortuna y después de perdidos vuelven á poseerlos, produce el cambio menos efecto que en aquellos que tras de una inopia permanente se encuentran de la noche á la mañana dueños y señores de inmenso caudal. Matilde sufre, pero educada en la religión católica, su fe no la abandona nunca; espera en Dios que jamás desampara á sus criaturas, y aunque de clase elevada, ni se amilana por el desprecio de las que ayer no más eran sus amigas de salón, ni desdeña

ocuparse en humildes trabajos para llevar á la hambreada boca de sus hijos el pan amasado con sus lágrimas de madre amorosa.

Tiene el Sr. Marroquín marcada intención satírica contra el profesorado colombiano, y á menudo lo presenta como una de las profesiones más lastimosas de la República y como el último recurso de los que echan por la senda de conseguir *clasecitas* y hacerse maestros de escuela, declarándose tácitamente ineptos para las demás manifestaciones de la actividad individual. Quizá tenga razón el autor de *Amores y Leyes*, y tal vez haya tenido ocasión de experimentarlo de cerca en su larga vida de pedagogo, pues á la verdad en Colombia se mira con tono de desprecio á aquellos que se consagran á la educación de la juventud de uno ó de otro modo, sin detenerse á pensar en las cualidades que adornar puedan á tales maestros, y sin propender con eso al adelanto de la nación, porque evidentemente los maestros vienen á ser los fundadores de un país educando á la juventud no tanto para que se ejercite en estudios especulativos, como para modelarle el carácter, formando hombres, miembros útiles de la sociedad. En países europeos se le da grandísima importancia á los educadores como fundamento que son de todo orden social, grabando en el corazón y en el entendimiento de los alumnos las nociones de respeto á la ley, á los ciudadanos y á la autoridad legítimamente constituida. Hé ahí la fuerza poderosa con que esos países se muestran á la faz del mundo. Aquí en Colombia, por desgracia, no hemos llegado á tanto. El Gobierno propende, es verdad, por que la Instrucción Pública esté en manos idóneas, bien remuneradas, pero el concepto de los particulares, con raras excepciones, parece que perdura el mismo, no sirviendo á variarlo el mayor ó menor caudal de ciencia ó de respetabilidad que posea el maestro.

De los cuatro libros del Sr. Marroquín, dos de ellos —*Blas Gil* y *El Moro*—son biografías en que un pobre diablo en la primera y un caballo en la segunda, cuentan la

peripecias de su vida. *Amores y Leyes* y *Entre Primos* quizá con más propiedad puedan llamarse novelas. Esta última tiene cualidades salientes, y su trama, aunque tomada de la vida ordinaria, está presentada con bastante naturalidad: Pablo y Cecilia son hijos de dos hermanos, y desde la primera infancia, desde que jugaban aquellos juegos inocentes en que poco ó nada se reflexiona, cada uno sentía cariño infantil por el otro. Cuando ya están ambos entrados en edad y cuando ninguno osa manifestar su cariño, se presenta Jorge, joven educado en Europa, á pretender á Cecilia. El nuevo novio es aceptado, y ante él se muestra indiferente Pablo, cuyo amor aún no es claramente descubierto por Cecilia. Doña Mariana, madre de Pablo, y que comprende que el enlace de su hijo con su sobrina es una utopía, pretende para aquél la mano de Modesta, joven simpática y de no escasa cultura. Pero Pablo prosigue sus amores en silencio, y más por obedecer á su madre que á los impulsos de su corazón, empieza á cortejar á Modesta, con quien al fin se compromete, causando así la alegría de su madre. Hay varios veraneos en un pueblo llamado por el autor San Rafael; allí están en contacto Pablo y Cecilia, y en una noche de baile, al declararse éstos su amor, Modesta, desesperada con aquel cambio repentino de decoración, resuelve pasar los últimos años de su vida á la sombra de un claustro conventual. Jorge, de repente, y contra lo esperado, deja de volver al lado de su prometida, y su padre anuncia á la familia de Cecilia que su hijo debe partir para Europa inmediatamente, con lo cual queda abierto el camino á Pablo para casarse con Cecilia, su prima, quien sufre una enfermedad, causa de los frecuentes veraneos. La fatal dolencia crece y crece, poniendo en alarma á la familia. Los médicos declaran que el mal de Cecilia es un caso de lepra en su forma nerviosa. Se frustra el matrimonio con Pablo, pero es tanto el amor de Cecilia para él, que antes de bajar á la tumba quiere ser su esposa. Devorada por la mortal enfermedad, suma sus fuerzas, logra incorporarse en el lecho, y recibiendo de ma-

nos del Ministro de Jesucristo la bendición nupcial, se desposa con Pablo y con la muerte. Así acaba *Entre Primos*, novela que, á habersele dado otro desenlace, no produciría cierta impresión de repugnancia al ver sucumbir al peso de horrible y desesperante dolencia una niña en plena primavera.

Los caracteres, en general, están bien delineados, pero delineados apenas. Pablo es un joven inteligente, experto y muestra su talento práctico en el campo manejando los negocios de su tío Leonardo, á cuyas haciendas de tierra caliente ha tenido que ausentarse en busca de lenitivo para sus amores sin esperanza, al saber que Jorge quiere ser esposo de su prima. Jorge, educado en Europa, carece de tino en sus empresas, y su misma educación refinada hace de él un individuo que no es generalmente simpático. Un poco frío el autor en la expresión de los afectos, los novios que figuran en sus novelas no despiertan aquel interés que nace del amor, de la pasión de dos seres que van á unir su suerte para siempre. Quizá no sea aventurado decir que para el Sr. Marroquín las novelas son un pretexto, un pretexto hermoso, un molde para vaciar en elegante dicción y con brillantez de colorido sus ideas sobre la vida, la política, para apuntar de paso cuestiones morales, para describirnos las modas antiguas, presentarnos ante la vista tipos de otras edades, y muy especialmente para describir lugares y paisajes, en lo cual ocupará puesto saliente en la literatura patria. En las obras del Sr. Marroquín se ve la intención de corregir ó de enseñar. En sus libros se siente correr el ambiente del campo, donde el Sr. Marroquín ha pasado buena parte de su vida. Allí pueden verse cuadros de las costumbres de tierra caliente en la época de veraneo escogida por los bogotanos, con pintura de la naturaleza del terreno y amena descripción de la vida calentana que se desliza para los veraneantes en medio de goces que la fría y monótona Sabana no acierta á suministrar jamás. El Sr. Marroquín, bogotano *pur*

sang, sabe apreciar las ventajas de la vida de la capital, pero no ha podido permanecer indiferente ante las que, desde cierto punto de vista, tienen los climas cálidos sobre los fríos.

Entre Primos es un libro que no fatiga, y aun cuando úno no halla en él el estudio de las grandes pasiones puestas en movimiento, no por eso deja de notarse que la ática pluma del Sr. Marroquín se desliza suavemente, casi puede decirse sin tropezar jamás. La variedad de tonos es cosa que nunca falta en él, y su pluma se amolda fácilmente al objeto que quiere tratar.

Véase, como una muestra de su estilo, la siguiente descripción de la montaña, sacada al acaso entre otras muchas de diferente género que andan dispersas en sus libros:

“¡La Montaña! ¡Cuántos han visto de cerca ó de lejos la montaña! ¡pero qué pocos la conocen!

“Es necesario haber penetrado en ella para saber cuán esquiva y adusta se nos muestra, y cómo nos halaga al mismo tiempo brindándonos con las riquezas que guarda para nosotros en su seno.

“Bajo la inmensa y tupida bóveda que jamás han penetrado de lleno los rayos del sol, reina una claridad opaca, difusa y teñida de los colores que allí dominan, claridad de que no dan idea los crepúsculos y de que no pueden ofrecer imitación las cortinas que en nuestras viviendas mitigan la luz.

“Dè cuándo en cuándo, y si el viento separa momentáneamente los follajes, se dibujan en el suelo labores luminosas y movilizas, al mismo tiempo que las ondas de luz cabrillean en las hojas lustrosas de muchos árboles.

“Aquella claridad parece ser una con el ambiente. El aire, eternamente encerrado, se carga de las emanaciones de los vegetales vivos, de las de los despojos que han estado por siglos en silenciosa efervescencia, de las de muchas plantas resinosas y de las de la tierra, que son como las

que se exhalan del suelo de un camino cuando la lluvia comienza á humedecerlo.

“Del ambiente parece quedársele algo adherido á quien penetra en la montaña. El que sale de ella, sale oliendo á montaña.

“Las columnas ya rectas y cilíndricas, ya aiosamente curvas é irregulares, ya formadas de haces de troncos; ya lisas, ya adornadas con labores más ó menos simétricas, corresponden por su grandiosidad y su poder á la soberbia bóveda; y cuando en uno de los oquedales del bosque se le presentan al espectador en hileras regulares, hacen comprender cómo sugirió la naturaleza á algún antiguo arquitecto el plan de una basílica.

“No es raro que un accidente del terreno, como un peñascó blanco ó rojo, rompa pintorescamente la uniformidad de la perspectiva. Abundan producciones raras que enajenarían á un botánico y á un naturalista; flores, plantas trepadoras, parásitas que serían el orgullo del jardín que las poseyese; árboles y arbustos de formas pictóricas; festones aiosos que engalanan la gran bóveda como para una próxima fiesta; pero ninguno de estos detalles es poderoso á divertir el ánimo, absorto en la contemplación del grandioso conjunto.

“Al pie de los fornidos, corpulentos y vividores hijos de la tierra, el hombre se siente pequeño y endeble; pero cómo se siente luégo rey de la creación si considera que el bosque, en su silenciosa inmovilidad, ha aguardado por siglos á que el hombre quiera venir á aniquilar su pompa para enseñorearse del suelo y obligarlo á cubrirse de producciones que, en cotejo con las que de suyo ha ostentado, son hartó efímeras y ruines.”

¿Y *Blas Gil*? Esta novela biográfica, si tal puede llamarse, está inspirada, aunque remotamente, en las picarescas españolas del mismo género, en donde, sin duda alguna, el Sr. Marroquín ha encontrado buena parte de su ins-

piración. *Blas Gil* está formado por la narración de las aventuras de un pobre diablo que saliendo de su ciudad de provincia viene á Bogotá, donde tropieza con dos ó tres colegios y universidades, sin dejar en ellos, según declaración del mismo, huella de su paso; y sin embargo... lo gradúan de doctor en leyes. Se conoce que no pasó la escena en la época actual del Colegio del Rosario. Ya graduado Blas Gil sale á entenderse hombre á hombre con el mundo; lo hecho anteriormente sólo ha sido el apresto del combate: ahora ya tiene el enemigo al frente. El audaz héroe del Sr. Marroquín recorre en corto tiempo muchas facetas de la vida de tunante; se hace periodista, diputado á asamblea, presidente de ella, militar, enamorado, jefe de casas de comercio, empresario de minas, y qué sé yo que otras cosas.

Aun cuando hay allí algunos personajes secundarios con los cuales se roza Blas Gil en sociedad, son éstos tan pocos y habla tan corto con ellos, que el libro llega á fatigar por aquella insistencia casi absoluta del *yo* á través de las páginas de la novela. Es más bien una narración, la cual viene á terminar, después de mil peripecias, con la no realización del matrimonio de Blas Gil con Elisa, porque ésta, firme y de carácter, renuncia á ser esposa antes que ver á Gil metido en la política, madre de las desgracias de un hombre cuando á ella lo llevan no el patriotismo sino el lucro y la ganancia, y factora de la inutilidad en que para los asuntos propios se convierte quien así la agasaja. La política, con todos sus adherentes, es uno de los más fecundos campos donde ha espigado la pluma del Sr. Marroquín, quien conoce á fondo todas las triquiñuelas á que la máquina está sujeta cuando de ella quieren asirse los *servidores* de la Patria. Quizá para el Sr. Marroquín, y así parece manifestarlo en sus libros, la política es lo más detestable que existe sobre la tierra, y no obstante ha venido á rendirle pleito homenaje al declinar de su existencia. Pudo conocer entonces cuánto es lo que corrompe la intriga vil, porque le tocó ver la política desde el elevado puesto

que en la República ocupó. Hoy, que se encuentra lejos de esa marea ascendente, rindiendo culto á la vida privada que tanto ha amado, podrá apreciar con rectitud los estragos que ocasiona la política, diosa versátil, que cuando logra coger en sus redes á un individuo que para ninguna otra cosa sirve, lo aprisiona, lo desespera, lo abate, lo tritura. Tal pasó con el héroe de *Blas Gil*: prefiere la política al enlace conyugal después de serias promesas de no más ingerencia en la cosa pública; los azares de una vida tormentosa se anteponen á las dulces y apacibles horas del hogar, ¿y todo para qué? Para las decepciones más tarde por no haber servido á la Patria como buen ciudadano, sino á los intereses banderizos de un partido.

De lo ameno de su estilo y de la corrección del lenguaje, nada tenemos que decir, porque el Sr. Marroquín es uno de los buenos hablistas que ha tenido este jirón de la América, reconocido así no sólo dentro del país sino fuera de él; y cierto humor y gracejo que salpican sus obras, la facilidad para introducir vocablos nuevos, la sencillez y naturalidad que siempre lo distinguen, su amor nunca desmentido por la vida íntima de familia, son cosas que hacen leer sus libros con interés.

Mas, si no hubiera trazado tan gallardamente las páginas de *El Moro*, sabe Dios si no ocuparía el puesto que ocupa entre los noveladores colombianos. Ciertamente que sus otras novelas que hemos visto, especialmente *Entre Primos*, amén de sus muchos cuentos, se lo darían y no pequeño; pero al Sr. Marroquín como que le hacía cosquillas en su entendimiento y fantasta ese pobre caballo cuya historia sentía y veía á cada paso.

No poco debió servir al Sr. Marroquín *El Azabache*, de autor americano del Norte, para la confección de *El Moro*; sólo que Marroquín superó al libro inglés en el estilo, en las descripciones, en la vida que anima á ese cuadrúpedo, servidor incansable de la humanidad, y de manera especial del sabanero, para quien es compañero insepara-

ble, el único que en este mundo de miserias no lo traiciona jamás y sobre el cual pasa la vida entera como medio de locomoción más adecuado para sus diferentes ocupaciones agrícolas.

Sin duda alguna, el hacer hablar á un caballo es una cosa que desde el punto de la concepción, no deja de tener sus visos de absurda; pero lograr interesar con esa narración á lectores pensantes, es uno de los principales méritos de la obra. Ya se ve! Es que hay trozos en que el engaño no es posible: El Sr. Marroquín está allí de cuerpo entero con todo su donaire y gracia bogotanos.

Aprovecha, como siempre, la coyuntura que se le presenta, para pintar y describir; y aunque un mismo plato, por bueno que sea, suele cansar al paladar más delicado, el Sr. Marroquín lo condimenta de tal modo cada vez que lo sirve, que siempre nos parece nuevo. Mas ya no es raro verlo pintar la naturaleza, las costumbres, la vida de los diversos climas; cuando nuestra admiración sube de punto es cuando lo vemos, por boca de su caballo, describir la vida íntima de estos animales, que en sus múltiples modos de servir al hombre, están sujetos á miles de peripecias, todo lo cual supone una finísima observación y un cariño entrañable hacia el ser irracional que después del hombre es la criatura más bella de la naturaleza creada. Si los caballos fueran susceptibles de inteligencia y usaran del verbo y de la pluma, yo aseguro que ninguno de ellos trazaría con mejores pinceladas una autobiografía de su raza, que como lo ha hecho el Sr. Marroquín. La especie caballuna, representada en *El Moro* por muchos aspectos, debiera levantar (si pudiera, claro está) un monumento al Sr. Marroquín como fiel testimonio de reconocimiento hacia sus esfuerzos por contribuir á la mejora educativa del caballo, tan vilmente tratado, al menos cuando cae en poder de pícaros como el famoso tuerto Garmendia, una de las mejores creaciones de Marroquín junto con el inolvidable tío Leonardo de *Entre Primos*.

Es *El Moro* una obra preceptivo-literaria. En ella pueden aprender nuestros hacendados, tal vez con más precisión que en libros ex profeso, los cuidados que deben tenerse para con los animales; los *chalanés* especialmente, que son los que de ordinario desvirtúan un caballo haciéndolo coleador. ¡Un caballo coleador! ¡Hé ahí el eterno é irreparable defecto que tantas lágrimas y suspiros debió arrancar al caballo de Marroquín! Porque ser coleador es llevar el estigma de la muerte en vida, es eclipsar de un solo golpe las demás cualidades que la naturaleza concede á sus criaturas.

El Sr. Marroquín enseña deleitando. Difícil cosa en verdad.

Muchos habrá capaces de confeccionar una novela como *Entre Primos*, pero difícilmente resultará otro libro como *El Moro* entre nosotros. El Sr. Marroquín agotó allí el género, haciendo palpar su alma y su vida. A través de esas páginas trazadas con verdadero *amore*, se escapa el perfume del aroma campestre, se siente *el sabor de la tierra* sabanera con sus múltiples matices y colores.

LOS FLUXES DEL COLEGIÓ DEL ROSARIO

Flux, según el Diccionario de la Academia Española, es "en ciertos juegos, circunstancia de ser de un mismo palo todas las cartas de un jugador." La Academia, en su 12.^a edición que tenemos á la vista, no da la etimología de la palabra; pero en francés *flux* tiene como significado secundario el mismo que en castellano, y como acepción primaria lo que decimos en castellano *flujo*, del latín *fluxus*. "Movimiento (uniforme) de las cosas líquidas ó fluidas. Movimiento reglado y periódico del mar hacia las orillas." De donde se ve que la idea de *fluxus*, *flujo*, *flux*, encierra dos elementos: movimiento y uniformidad en él. Entrambos intervienen en la combinación de las cartas del naípe, todas homogéneas, ó de un mismo palo; todas destinadas á irse moviendo una tras otra en el correr del juego.